

punto de contacto entre nuestros cuerpos y el cuerpo del poema, de modo que la voz, el ritmo, el acento y el oído estén totalmente involucrados” (219). Y el círculo se completa con esta declaración: “Leer a partir de los sentidos, como he tratado de demostrar, lleva a la posibilidad de esta conciencia ética” (234). Sin duda una actitud de *Resistencia* que la lleva a sostener: “Quizás, a partir de la otredad de todos, podamos iniciar un debate sobre las democracias del futuro” (253). La poesía tratando de conjurar lo que vendrá. La cita queda abierta para la conversación que nos propone, con brillantez, Francine Massiello.

Róger Santiváñez
Temple University

Marco Thomas Bosshard. *La reterritorialización de lo humano: una teoría de las vanguardias americanas.* Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2013. 441 páginas.

En su ya clásica *Teoría de la vanguardia* (1974), el alemán Peter Bürger postuló que restaurar el puente entre vida y arte, que el arte burgués había deshecho, fue el proyecto principal de las vanguardias históricas. En *Latin American Vanguards: The Art of Contentious Encounters* (1994) la norteamericana Vicky Unruh empieza a leer las vanguardias latinoamericanas desde esta perspectiva. *La reterritorialización de lo humano: una teoría de las vanguardias americanas* de Marco Tomás Bosshard continúa esta lectura, encaminándola por un nuevo sendero teórico, temporal y geográfico —los

tres puntos más controvertidos del estudio de las vanguardias—. Es el primer texto, que sepamos, que estudia el modernismo norteamericano bajo el mismo signo de las vanguardias latinoamericanas, proponiendo un vínculo fuerte, simultáneo y recíproco, entre ambas corrientes artísticas. Es así que este texto no meramente constituye la contribución más reciente al debate inacabable sobre el alcance y legado de las vanguardias, sino un aporte ineludible a éste.

La monografía consta de cuatro capítulos, a su vez seccionados por temáticas. El primer capítulo, “Introducción. Definiciones, precisiones y modelos del arte de vanguardia entre Europa y las Américas”, teje una genealogía crítica híbrida que va desde Wilhelm Worringer al dúo de Gilles Deleuze y Félix Guattari, pasando por las venas de José Ortega y Gasset, José Carlos Mariátegui, Renato Poggioli, Peter Bürger, Julia Kristeva, los estudios postcoloniales, y otras aproximaciones teóricas, en busca del mejor modelo crítico. Este capítulo delinea el programa de reterritorialización crítica de las vanguardias que se quiere seguir en la monografía. En este aspecto, es destacable la novedosa búsqueda de un punto de contacto, y creatividad crítica, entre los teóricos clásicos de la vanguardia (Worringer, Ortega y Gasset, Poggioli, Bürger) y el pensamiento crítico y cultural de la segunda mitad del siglo XX —el que nace en parte gracias al fracaso del optimismo vanguardista, especialmente del Futurismo—. No obstante, el lenguaje hiperteórico de los apartados XI y XII de este capítulo, don-

de el autor delinea la reterritorialización teórica que desea efectuar, puede resultar ilegible para un lector no especializado, exclusivamente interesado en un panorama crítico de las vanguardias.

El segundo capítulo, “Fantasmagorías”, reúne una treintena de escritores (como Vladimir Maikovski, André Breton, Miguel Ángel Asturias, Gamaliel Churata, Jorge Luis Borges, Mário de Andrade, por nombrar sólo seis) bajo los temas de “Exotismo y erotismo”, “Virilidad y vanguardia”, “Civilización y barbarie”, y “Romances y romanticismos”. Estos temas apuntan a lo que se lleva diciendo desde hace ya un buen tiempo: que —en el caso hispanoamericano, por ejemplo— el paso del modernismo a las vanguardias no constituyó una ruptura tajante, súbita y definitiva, sino hubo un puente entre el pasado y el presente. Por ello encontramos los mismos temas, pero ahora en un nuevo registro (desterritorialización). De estos temas, hay que resaltar el de “Virilidad y vanguardia”, porque apunta al carácter misógino tanto de las vanguardias como de la crítica vanguardista, donde casi nunca se toma en cuenta la ausencia de la mujer como artista, escritora, poeta o voz poética. Sólo aparece como objeto de la mirada del artista. Que Bosshard reconozca que las vanguardias fueron un movimiento artístico viril, bélico y misógino se debe a la lectura que hace de éstas desde la perspectiva de Julia Kristeva.

El tercer capítulo, “Antropologismos”, igualmente reúne una treintena de escritores (como Carlos Pellicer, Antonin Artaud, Cons-

tance Lindsey Skinner, César Vallejo y Julio Correa, por nombrar sólo cinco) bajo los binomios de “Poetas y chamanes”, “Ritmo y raza”, “Presencia y performatividad” y “Lenguas y lenguajes autóctonos”. Mientras que los temas del capítulo anterior apuntan a lo que podríamos llamar la primera vanguardia, los de este capítulo apuntan a lo que deberíamos llamar la segunda vanguardia. La primera vanguardia rompió los moldes formales del arte burgués, pero siguió en cierto sentido, la misma vena temática. La segunda vanguardia reconoció que la primera vanguardia no había alcanzado una liberación total del arte burgués. Muchos poetas de la primera vanguardia, como Vicente Huidobro y el Pablo Neruda de la *Residencia*, por ejemplo, aún no extendían un puente entre su entorno y su obra. No efectuaron una desterritorialización y reterritorialización del arte. Éstos se adentraron por lo que Mihai Grünfeld ha llamado la vena del subconsciente, por el mundo de “Fantasmagorías”, por la geografía de la psique. En contraste, los poetas de la segunda vanguardia se adentraron por lo que el mismo crítico ha llamado la vena social, por su geografía humana.

Los apartados del tercer capítulo apuntan a los papeles sociales que los poetas asumieron (“Poetas y chamanes”), las preocupaciones que tuvieron (“Ritmo y raza”), el papel que pensaron debió tener la poesía (“Presencia y performatividad”), y las propuestas lingüísticas que se formularon (“Lenguas y lenguajes autóctonos”). Estos temas en conjunto apuntan a lo que quiere señalar el título del capítulo

("Antropologismos"), o sea: *La reterritorialización de lo humano*. El carácter principal de esta reterritorialización es la desterritorialización absoluta, o sea la liberación del arte de la mimesis. Esta desterritorialización toma un carácter descolonizador: librar el arte de su bagaje colonial para reterritorializarla en su suelo autóctono. Este es el gran aporte que Bosshard hace al estudio de las vanguardias desde los estudios postcoloniales.

Tomando todo esto en cuenta, habría que reclamar la ausencia de poetas antillanos en una obra que pretende elaborar una teoría global de las vanguardias americanas. La vanguardia antillana (la poesía negra de Nicolás Guillén, Luis Palés Matos y Manuel del Cabral, por nombrar sólo tres poetas negristas) se inscribiría dentro de la segunda vanguardia ya que compartió con ésta las mismas preocupaciones rítmicas, raciales, performáticas, lingüísticas y, sobre todo, sociales. La ausencia de la vanguardia antillana se explica por la predilección que manifiesta el autor por lo indígena. Este es el riesgo más grande que corre la obra cuando pretende una reflexión teórica sobre las vanguardias americanas. Pues, por un lado, lo indígena americano ya no es (ni nunca ha sido) una realidad aislada, y por el otro, es imposible comparar lo indígena del sur con lo del norte, especialmente tomando en cuenta sus experiencias coloniales disímiles. Es el mismo error que se comete cuando se trasplantan los estudios postcoloniales a suelo nuevo sin tomar en cuenta las diferencias entre el punto de partida de los estudios postcoloniales y su

aplicación a nuevas realidades.

Es en el cuarto y último capítulo, "Conclusiones: Hacia una teoría de las vanguardias americanas", donde Bosshard formula su apreciación teórica de las vanguardias americanas. *In nuce*, esta teoría consiste en el siguiente postulado: "el arte vanguardista [...] siempre se correlaciona con desterritorializaciones absolutas que conectan el campo estético con el campo antropolítico a través de reterritorializaciones verticales" (405). Estas palabras resumen la estética de la segunda vanguardia. Para reiterar lo que se dijo en el resumen del tercer capítulo, la acción vanguardista, como descolonizadora, es doble: primero, libra el arte del bagaje colonial (desterritorialización), y después lo restaura a su suelo original (reterritorialización). Esta teoría resume muy bien el optimismo y la nostalgia de los cuales se alimentaron hasta las vanguardias más vanguardistas: optimismo en el poder del arte para cambiar el *status quo* de las cosas políticas y humanas; nostalgia de un pasado, como todo pasado, irrecuperable. De ahí el aparente fracaso material de las vanguardias, que, sin embargo, siguen inspirando nuevas tendencias artísticas.

En resumen, *La reterritorialización de lo humano* aporta una nueva apreciación teórica de las vanguardias americanas, llevándolas más allá del campo teórico, temporal y geográfico dentro del cual la había contenido la crítica canónica. Por ejemplo, mientras que la mayoría de la crítica limita las vanguardias al ya conocido período interbélico 1916-1936, Bosshard las extiende

hasta los 50, y con mucha razón, pues en zonas periféricas, como Bolivia y la República Dominicana, por ejemplo, hubo tendencias vanguardistas hasta muy tarde. En el caso del Caribe, André Breton recién fue invitado a Santo Domingo en los 40 por los vanguardistas dominicanos. Volviendo a la obra de Bosshard, estamos ante un aporte ineludible al debate interminable sobre el alcance y legado de las vanguardias literarias de ambos polos del hemisferio. Lo único que hay que observar son dos asuntos. En este libro el lenguaje hiperteórico (especialmente de los apartados XI y XII del primer capítulo y del último) puede intimidar al lector no especializado. La ausencia de la vanguardia antillana debilita el carácter globalizante de su reflexión teórica.

Miguel A. Valerio

The Ohio State University

Rubén Darío. *Crónicas viajeras. Derroteros de una poética*. Rodrigo J. Caserani, editor. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, 2013. 335 pp.

Rubén Darío. *Viajes de un cosmopolita extremo*. Graciela Montaldo, editora. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013. 391 pp.

En cierto modo, llama la atención que se haya tenido que esperar prácticamente hasta el centenario de la muerte de Rubén Darío para ver publicada una selección de sus crónicas de viaje. Sin duda esto se debe a la perma-

nente trascendencia historiográfica de su obra en verso, de sus manifiestos estéticos o de su prosa más lírica, pero, como contraste, también hay que mencionar que numéricamente las crónicas constituyen casi dos tercios de su obra y que, dentro de éstas, las crónicas de viaje conformarían casi la mitad. Y aunque todavía falta una monografía actualizada sobre esta dimensión de sus escritos, también debe recordarse que resulta casi imposible encontrar un volumen colectivo que no contenga al menos uno o dos trabajos que no se refieran al cosmopolitismo físico o cultural de Darío. Dos recopilaciones relativamente recientes, como la de Ángel Esteban (2007) o la de Rocío Oviedo (2013) son sólo un botón de muestra de estas lecturas o hacercamientos críticos, y que es algo que lleva cumpliéndose incluso desde los homenajes inmediatamente posteriores a la muerte del poeta. El reciente despertar de los enfoques transatlánticos y el interés por las trayectorias itinerantes de los escritores del subcontinente, con recopilaciones como la de Carmen de Mora (2012), no han hecho más que consolidar esa lectura de su obra y vindicar de nuevo a Darío como otro de los principales referentes de la literatura latinoamericana.

Además de constituir una feliz coincidencia, cada uno de estos volúmenes presenta interesantes méritos propios. Así, la edición de Rodrigo Caserani incluye algunas crónicas desconocidas o inéditas hasta ahora, procedentes de la etapa rioplatense del autor de *Los raros*. Por su lado, Graciela Montaldo